

El caracol del fin y el principio

El neoliberalismo y la arquitectura o La ética de la búsqueda contra la ética de la destrucción

El Subcomandante Marcos lee en la noche, y nos transcribe, la última carta de Don Durito de La Lacandona, ese escarabajo “bastante pedante” que se defiende diciendo que los andantes caballeros no son pedantes, sino que, simplemente, son sabedores de lo fuerte de su brazo y lo grande de su talento, cuando de azotar malandrines y burlar bellacos se trata.

Hay en la selva Lacandona, en el suroriental estado mexicano de Chiapas, un poblado desierto y rodeado de puestos militares fuertemente armados. El nombre de este pueblo abandonado fue Guadalupe Tepeyac. Sus habitantes, indígenas tojolabales, fueron expulsados por el Ejército gubernamental mexicano en febrero de 1995, cuando las tropas federales pretendían asesinar a la dirección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Pero no es del doloroso exilio de estos indígenas, que pagan su rebeldía viviendo en las montañas, de lo que quería hablarles. Yo quería hablarles de una obra arquitectónica que nació, a orillas del entonces viviente Guadalupe Tepeyac, en julio y agosto de 1994. Anal-fabetas en su mayoría y con una escolaridad de 3° grado de primaria en el más “preparado” de ellos, los arquitectos tojolabales levantaron, en 28 días, una construcción capaz de recibir a 10 mil asistentes a lo que los zapatistas llamaron la “Convención Nacional Democrática”. En honor a la historia mexicana, los zapatistas llamaron al lugar del encuentro Aguascalientes. El espacio de la gigantesca reunión tenía un auditorio para 10 mil asistentes sentados, un presidium para 100, una biblioteca, una sala de cómputo, cocinas, casas de hospedaje, estacionamiento. Incluso, dicen, tenía un “área para atentados”.

En fin, todo esto es más bien anecdótico y se puede conocer por otros medios (hay libros, reportajes, fotos, videos y películas de aquella época). Ahora lo que interesa es hablar de un detalle que pasó desapercibido para todos los asistentes al Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac en ese año de 1994 (Aguascalientes fue destruido en febrero de 1995). El detalle al que me refiero era tan grande que, por lo mismo, no podía ser advertido a simple vista. Es de este gigantesco e inadvertido detalle del que trata este escrito.

Resulta que el auditorio y el presidium estaban en medio de un gran caracol de ida y vuelta, sin fin ni principio. Permítame explicarle, no se desespere usted. Los indígenas zapatistas habían levantado un auditorio más o menos convencional: una especie de escenario que semejava la quilla de un barco, una parte plana al frente, con sillas, y una tribuna con bancas de madera (aprovechando la ladera de una colina). En fin, nada extraordinario. Si acaso algo llamaba la atención era que las bancas estaban montadas sobre horcones y amarradas con bejucos. No había ningún metal en esa tribuna.



"Cuando el Ejército del gobierno entró en Aguascalientes, lo primero que hizo fue destruir la biblioteca y la casa de seguridad, el principio y el fin del caracol. Después fue destruyendo lo demás"



Guiomar Rovira

Puestos a resolver la construcción de las casas de hospedaje, la biblioteca y otras instalaciones, los jefes indígenas tojolabales de la insurrección zapatista, ahora arquitectos improvisados, empezaron a levantar casas en un aparente desorden que, eso creyó el Sup entonces, se limitaba a salpicar los alrededores del gigantesco auditorio. No fue hasta que, haciendo cuentas de la capacidad de albergue de cada construcción, el Sup se dio cuenta de que una de las casas estaba "chueca", es decir, tenía una especie de quiebre incomprensible en uno de sus extremos. No le puso mayor atención. Fue el comandante Tacho, tojolabal, quien le preguntó:

—¿Qué te parece el caracol?

—¿Cuál caracol? —le respondió el Sup, siguiendo con la tradición zapatista de respuestas que son preguntas, el eterno juego de la interrogante frente al espejo.

—Pues el que rodea al auditorio —le respondió el comandante Tacho como si dijera: "hay luz en el día". El Sup se le quedó mirando y Tacho entendió que el Sup no entendía lo que él entendía, así que lo llevó hasta la casa "chueca" y le señaló al techo donde los travesaños hacían un caprichoso quiebre.

—Aquí es donde da curva el caracol —le dijo.

Seguramente el Sup puso cara de "¿Y?" (igual que usted la estará poniendo ahora), por eso el comandante Tacho se apresuró a hacerle un dibujo en el lodo, con una varita. El dibujo de Tacho representaba la ubicación de las casas que rodeaban el auditorio y sí, gracias a ese quiebre de la casa "chueca", el conjunto se parecía a un caracol. El Sup asintió en silencio después de ver el dibujo. El comandante Tacho se fue a ver lo de la lona que serviría para cubrir el auditorio en caso de que lloviera.

El Sup se quedó parado, frente a la casa "chueca", pensando en que la casa "chueca" no estaba "chueca". Simplemente era el curvado quiebre que el caracol necesitaba para dibujarse. En eso estaba, cuando un periodista se le acercó y le preguntó, buscando una respuesta de profundo contenido político, que qué significaba para los zapatistas el Aguascalientes.



– Un caracol –le respondió lacónico el Sup.

–¿Un caracol? –preguntó y se le quedó viendo como si no hubiera entendido su pregunta.

–Sí –le dijo. Y, señalándole el punto de quiebre de la casa “chueca”, el Sup se retiró.

Sí, estoy de acuerdo con usted. El caracol en torno al Aguascalientes sólo podía haber sido advertido desde la altura. Es más, sólo a partir de determinada altura.

Quiero decir que había que volar muy alto para descubrir el caracol zapatista que se dibujaba en estas tierras pobres y rebeldes. En uno de sus extremos estaba la biblioteca y en el otro la antigua “casa de seguridad”. La historia de esta “casa de seguridad” es muy semejante a la del EZLN en las comunidades indígenas mayas. Esa casita la hicieron alejada del pueblo, para que nadie la viera, los primeros tojolabales que se incorporaron al EZLN. En ella hacían sus reuniones, estudiaban y juntaban las tortillas y el frijol que mandaban a las montañas, a donde estaban los insurgentes.

Bien. Ahí estaba el caracol maya. La espiral sin inicio ni final. ¿Dónde empieza y dónde termina un caracol? ¿En su extremo interno o en el externo? ¿Un caracol entra o sale?

El caracol de los jefes mayas rebeldes comenzaba y terminaba en la “casa de seguridad”, pero también comenzaba y terminaba en la biblioteca. El lugar del encuentro, del diálogo, de la transición, de la búsqueda, eso era el caracol de Aguascalientes.

¿De qué cultura “arquitectónica” sacaron los indígenas zapatistas su idea del caracol? Lo ignoro, pero ciertamente el caracol, esa espiral, invita lo mismo a entrar que a salir y, en verdad, no me atrevería a decir cuál es, en un caracol, la parte que lo inicia y cuál la parte que lo termina.

Meses después, en octubre de ese mismo año de 1994, un pequeño grupo de la sociedad civil se llegó hasta el Aguascalientes para terminar la instalación de la luz en la biblioteca. Se despidieron después de unos días de trabajar. Esa madrugada, particularmente fría y nebulosa, la luna era una promesa para reposar la mejilla y el deseo, y un cello desangraba algunas notas a medianoche y media neblina. Parecía una película. El Sup observaba desde un rincón, protegido por las sombras y el pasamontañas. Una película. ¿El final o el principio de una película? Después de que ese grupo partió, ya nadie regresó al Aguascalientes hasta en la fiesta de fin de año. Después desaparecieron de nuevo. El 10 de febrero de 1995, tropas acrotransportadas del Ejército federal tomaron Guadalupe Tepeyac. Cuando el Ejército del gobierno entró en Aguascalientes, lo primero que hizo fue destruir la biblioteca y la casa de seguridad, el principio y el fin del caracol. Después fue destruyendo lo demás.

Por alguna extraña razón, el punto de quiebre de la casa “chueca” permaneció en pie varios meses después. Según se cuenta, sólo se cayó hasta que, en diciembre de ese año 1995, otros Aguascalientes nacieron en las montañas del sureste mexicano...

Todo lo anterior demuestra que la ética del Poder es la misma que la de la destrucción, y la ética del caracol es la misma que la de la búsqueda. Y esto es muy importante para la arquitectura y para entender el neoliberalismo. ¿O no?

Don Durito de La Lacandona

(Subcomandante Insurgente Marcos: *Carta a la sociedad civil nacional e internacional*. 23 de octubre de 1996)

